

celo tomó una nueva actividad cuando en 238 el Papa San Fabian mandó á todos sus colegas en el episcopado que se ocupasen con el mayor cuidado en recoger aquellos preciosos monumentos. 1 Por otra parte, en esto, como en todo lo demas, los Pontífices romanos eran los primeros en dar el ejemplo. Hemos visto de San Clemente establecer en los diferentes cuarteles de Roma, notarios especialmente encargados de recoger todos los datos más minuciosos sobre los mártires. En 237 vemos al Papa San Antero dejarse conducir al suplicio más bien que entregar aquellas Actas venerables, cuya coleccion poseia la Iglesia de Roma, desde su establecimiento. 2

beis et catechumenis martyrium consecutis tantum honoris pro martyrii ipsius veneratione dederunt. Ut de passionibus eorum multa aut prope dixerim pene cuncta conscripserint, ut ad nostram quoque notitiam, qui nondum nati fuimus, pervenirent." Da testimonio de que ya estaba recibido por las costumbres el que no solo se anotasen los martirios de los nobles, sino tambien de los plebeyos: "Que nuestros mayores tributaron veneration por su martirio, á los plebeyos y á los catecúmenos que lo sufrieron. Diré que del martirio de ellos se han reunido muchas cosas, para que llegasen al conocimiento de los que no habiamos nacido."—N. 1, apud Bened. XIV, "ubi supra."

1 In sua prima epistola decretali episcopus admonet ut collectioni Actuum martyrum invigilent: "quod etiam vos omnes ageremonemus; et deinde præcipit: et ideo fidelissimis hæc negotia committi præcipimus, ne aliqua in eis illusio inveniatur." En su primera epistola decretal advierte á los obispos que vigilen por la coleccion de las Actas de los mártires: "os amonestamos á que todos obreis;" y despues manda: mandamos que desempeñeis estos negocios fielmente para que no vayais á encontrar algo que sea ilusion." Apud. Bened. XIV, ibid.

2 Acta Martyrum quæ a notariis excipi et scriptis fideliter mandari Clemens jussit ab iisdem diligenter exquisivit, ac ne interirent neve ab ethnicis corrumperebantur, in Ecclesie tabulario voluit reponi. Quamobrem a Maximo præfecto ad mortem datus est. "Las actas de los mártires que Clemente habia mandado se levantasen y escribiesen por los notarios, las recogió de ellos cuidadosamente para que no se perdiesen ó corrompiesen por los gentiles, y quiso se guardasen en el archivo de la Iglesia. Por esto

Ahora, ¿cuál era el objeto de aquella solicitud universal? ¿No es evidente que tantas precauciones, tantas investigaciones tenian por objeto dar á conocer los verdaderos mártires, ilustrar á la autoridad competente y de preparar su juicio? Interrogada la historia responde que así es. En ciertas partes de la cristiandad, los obispos solos en sínodo, en otras partes los primados, pronunciaban la sentencia que debia presentar un santo más á la veneration de los fieles. 1 Antes de esta decision no era permitido á nadie honrar á un mártir de un culto religioso, por consiguiente de distinguir su sepulcro con los signos del triunfo. Ahí tenemos un testimonio que corta perentoriamente la cues-

tuè muerto por el prefecto Mèximo."—Euseb., lib. VI; Bar., "an" 238; Sandini, "Vit. Pontif." p. 34; Bened. XIV, "ubi supra."

1 Véase á Bellar., "De sanct. Beatif." lib. I, c. VIII; Lupus, "in notis ad IV Council Rom." t. III, p. 565; Suarez, "in notis ad S. Lini oper.," p. 705; Du Saussay, "in Apol. Theolog. pro Sanct. Cultu," p. 32, "ad calcem Martyr. gallican." El sabio obispo se expresa así: Verum ex selectiori venerandæ antiquitatis penu, quin et exquisitiori Patrum testimonio, hoc jus non ita passim creditum, sed majoribus prælati dimittat concessum fuisse certo liquidius apparet. Moris enim erat ut, cum aliquis martyrio occubisset, rem gestam scriberet Episcopus sub cuius ditione hoc accidisset ad Primatum. Episcopum, a quo, mature adhibitis in concilium Episcopis, an inter martyres is esset recipiendus discernebatur. "Aparece como cierto que por el testimonio exquisito de los Padres, de veneranda antigüedad, no debia darse ascenso á este derecho, pues estaba concedido solamente á los prelados mayores. Era costumbre que cuando alguno moria en el martirio, el obispo escribiese el hecho al obispo Primado, el cual decretaba despues de reunir en concilio á los obispos, si aquel de que se trataba debia ser contado entre los mártires."—San Agustin confirma este sentimiento, "in Breveulo Collationum cum Donatistis Coll." III, c. XIII. Indicando el orden y el modo segun el cual debian trasmitirse al Primado las Actas de los Mártires, dice: Recitarunt etiam rescripta Secundi Tingitani ad eundem Mensurium pacifice data, ubi et ipse narravit in Numidia persecutores quid egerint et qui comprehensi et multa mala passi et gravissimis suppliciis exercuciati et occisi sunt, cosque honorandos pro martyrii sui merito comendavit, tan-

tion: Una dama muy rica, llamada Lucila, fué sorprendida por el archidiácano llamado Cecilio, besando ántes de la comunión, el hueso de un mártir no aprobado todavía por la autoridad competente. El diácono la reprendió fuertemente, y en su cólera, ella se separó de la Iglesia. 1

Tal era la disciplina invariable de las cristiandades particulares en Oriente y en Occidente. ¿Roma tendrá una conducta diferente? ¿La señora de las Iglesias hallará reglas tan sábias, abandonando á los simples fieles un derecho sagrado que no puede pertenecer más que á la autoridad suprema? Para tener alguna sombra de duda en este punto, seria necesario suponer en los Papas de los tres primeros siglos una falta absoluta de buen sentido, de probidad, de celo. Se sabe por eso que el mundo no conoce nada más sabio que sus palabras, nada más puro que su vida, nada más heróico que su muerte.

Desde su origen establecen en Roma un cuerpo de notarios que de acuerdo con

dem eos non tradidisse scripturas sanctas. "Leyeron de Secundo Tingitano dirigidos pacíficamente al mismo Mensurio, en los cuales él mismo contó lo que en Numidia hicieron los perseguidores, quienes fueron aprehendidos, expuestos á graves suplicios, atormentados y muertos, y mandó que se les venerase por razon del martirio, diciendo al fin que no entregaron las Sagradas Escrituras."

1 Cum correptionem archidiaconi Cæciliani ferro non posset quæ ante spiritualem cibum et potum os nescio cuius martyris, si tamen martyris libere dicebatur, et cum præponeret os nescio cuius hominis mortui, etsi "martyris, sed nondum" vindicati correpta cum confusione irata recessit. "Fué reprendida y se separó llena de cólera, pues no pudo sufrir la correccion del archidiácono Cecilio en que la decia no besara ántes de la comunión el hueso de un mártir desconocido, aunque bien pudiera ser mártir, pero de un mártir no aprobado por la Iglesia."—Opt. Milev., lib. I, "Adv. Parmen." Vindicatos ergo volebant martyres id est ab Episcopis agnitos et aprobatos. "Querian mártires ya declarados, esto es, conocidos y aprobados por los obispos."—Mabill., "Præf. in Secul. V Ordin. S. Bened." Benedict. XIV "De Beatif." c. II.

los diáconos regionarios están encargados de recoger todos los datos sobre los mártires; más tarde, les vemos á ellos mismos morir en medio de los tormentos más bien que entregar á los perseguidores la coleccion de aquellos monumentos venerables. Ahora, ¿por qué tanta solicitud? ¿No es evidente que en Roma, así como en las otras iglesias esas investigaciones tenian por objeto dar á conocer la vida de los mártires y demostrar su muerte por la fe? Si pues, en todas las iglesias de Oriente y de Occidente, todos esos datos formaban las piezas del proceso cuyo juicio estaba reservado á la autoridad eclesiástica ¿no debe deducirse de aquí que en Roma tenian el mismo destino? Además, sabemos el signo con que Roma distinguia á los mártires, es decir, les designaba al culto religioso de sus hermanos y les aseguraba el de la posteridad, esta era la colocacion de la jarra de sangre junto á sus sepuleros. ¿Allí iban á concurrir todas las enseñanzas, todas las precauciones, todas las investigaciones de los Pontífices? ¿Y podria suponerse que esos mismos Pontífices, olvidando repentinamente su solicitud, han descuidado este acto decisivo y dejado al arbitrio de los particulares el derecho de colocar junto á los sepuleros el signo auténtico del martirio? ¿en dónde estaria el buen sentido?

Hay más; observar semejante conducta, ¿no era trastornar toda jerarquía y conceder á las ovejas un ministerio que no puede pertenecer más que á los pastores? ¿no era esto minar públicamente la fe y la confianza en los mártires? Mientras todos los obispos del mundo pusieron tantas precauciones para asegurarse de la realidad del martirio, reservándose á ellos solos el derecho de pronunciar sobre esta grave cuestion, prohibiendo toda clase de culto ántes de sus decisiones, ¿los jefes y

los modelos de todos los obispos habrían abandonado el juicio de la misma causa á las simples luces de la multitud? ¿puede admitirse semejante anomalía? ¿No era esto exponer á los fieles contemporáneos á dar en graves engaños y á recaer en ellos, honrando personas indignas de su culto, en las supersticiones por cuya abolición morían? ¿No era esto condenar materialmente, al ménos á todas las generaciones futuras? ¿y habrían hecho esto las generaciones futuras? ¿en dónde estaría su probidad?

Culpables de semejante felonía, podrían excusarse tanto ménos, cuanto que les era más fácil que á los demás obispos llenar este deber sagrado de su carga pastoral. Todo se reducía á demostrar el hecho del martirio, es decir la muerte, y la muerte sufrida por la fe. Para instruir este proceso de canonización bastaban algunos momentos. Los delegados de la autoridad pontificia, los sacerdotes, los diáconos, los subdiáconos, los notarios, los sepultureros, los guardianes de las Catacumbas, llamados «cubicularii», es decir, chambelanes de los mártires, se encontraban habitualmente, durante las persecuciones, en los diferentes cuarteles de la Roma subterránea. Los mismos Papas las habitaron sucesivamente y esto durante largos años. 1

Se está en la más fuerte de la persecución; acaban de ser inmoladas las víctimas; los cristianos han recogido sus preciosos restos. Con el favor de las tinieblas los bajan á las Catacumbas. «¿A quien traeis? pregunta el mismo Papa ó alguno de sus representantes.—A uno de nuestros hermanos.—¿Cómo lo sabeis?—Le hemos visitado en la prisión, le hemos seguido ante los jueces, le hemos acompañado al pie del cadalso.—¿Le habeis oído condenar?

1 Véase á Bar., «An.» desde el año 60 hasta el año 306; Sandini, «Vit. Pontif.» Bosio, tantas veces citado en la «Historia de las Catacumbas», etc.

—Hemos oído su sentencia; ha sido condenado porque era cristiano.—¿Cómo ha muerto?—No se ha desmentido, ha muerto por la fe; he aquí la jarra de sangre.» Sin contar los pormenores circunstanciados, suministrados por los notarios, los diáconos ó las diaconesas, tal es, en pocas palabras, el depósito.

El acontecimiento ha pasado á plena luz; los testigos son numerosos, irreprochables. Por una parte han expuesto su vida por adquirir la certidumbre del hecho motivo del depósito; por otra parte presentan de este hecho mismo la prueba palpable, la jarra de sangre. ¿Por qué hacerse culpables en apariencia, de una sacrilega impostura, ellos, que acaso mañana, mártires á su vez, comparecerán ante el soberano Juez? Y aun cuando quisieran, ¿podrían hacerlo? ¿Entre tantas voces no se levantaría una sola para quitar la máscara de la mentira? Convengamos más bien en que nunca se dió un testimonio en circunstancias más solemnes y por testigos más íntegros. Con la doble prueba del depósito y de la jarra de sangre queda demostrado el martirio que la autoridad pronuncia. El sepulcro del héroe cristiano marcado con el signo triunfal, será el altar del sacrificio y él mismo, el objeto de la veneración religiosa de sus hermanos hasta la consumación de los siglos. 1

1 Idecirco Ecclesiarum antistites magna semper solertia summoque studio caverunt ne cui religiosum hunc cultum decernerant qui suo reipsa merito mactandus hoc honore dignus non esset, cjusque rei gratia invigilarunt ut ex certis indicis merita uniuscujusque dijudicarent et causam martyrii vitamque martyris penitus innotescerent. «Por tanto, los prelados de la Iglesia cuidaron de poner gran cuidado y talento á fin de no tributar este culto religioso á aquel que realmente no era digno de este honor del martirio, y en gracia del asunto cuidaron de juzgar los méritos de cada uno por indicios ciertos y de conocer la vida del mártir y la causa del martirio.»—Bini, «Dissert.» II, de «Litter. Encyc.» c. III; apud Bened. XIV, «De Beatif.» c. III.

De esta conducta, indicada á la vez por el buen sentido, por la disciplina general de la Iglesia y por los monumentos primitivos, resulta que «ninguna» jarra de sangre fué colocada arbitrariamente junto á «ningun loculus» de las Catacumbas; que el poder legítimo fué el único que autorizó la colocación de este signo auténtico; en otros términos, que la Iglesia de Roma, así como las Iglesias de Asia y de Africa, el Papa, así como los obispos, ejercieron desde su origen, sin abandonarlo á los fieles, el derecho esencialmente pontifical de canonizar á sus hijos.

De aquí una segunda consecuencia. Apoyados en todos los géneros de pruebas geológicas, arqueológicas, históricas, hemos dicho que las Catacumbas son de origen exclusivamente cristiano; además, hemos establecido que no sirvieron nunca de sepultura á los paganos, á los judíos, á los herejes; y que están exclusivamente pobladas de católicos. Ahora, aun concediendo el origen mitad pagano y mitad cristiano de las Catacumbas; admitiendo además, que la venerable ciudad de los mártires fué manchada con la sepultura de algunos paganos ó heterodoxos, no por eso quedaria ménos demostrado que las reliquias sagradas con que Roma enriquece sus basílicas y los templos del mundo entero son perfectamente auténticos. La palma y la jarra de sangre colocadas por la autoridad exclusiva de los Pontífices, cerca de ciertos sepulcros, permanecen siempre como monumentos irrefragables de la verdad del martirio. Ahora, los huesos sagrados acompañados de uno ó de otro de estos signos indudables son únicamente presentados á la veneración religiosa de los fieles. Hé ahí uno de los mil caminos por los cuales se ve uno conducido á decir de Roma lo que Bacon ha dicho de la religión: «Una poca de ciencia

aleja de ella; mucha ciencia conduce á ella.»

En el curso de este estudio, he dicho que la canonización de los atletas del cristianismo era tanto más fácil, que todo se reducía á demostrar el hecho mismo del martirio. Aquí se hacen necesarias algunas explicaciones. Confirmando más y más la autenticidad de las venerables reliquias de la Roma subterránea, mostrarán bajo una nueva luz la profunda sabiduría de la Santa Sede. El martirio es el heroísmo de la caridad. Es un bautismo de sangre que borra todos los pecados y pone inmediatamente á aquel que lo recibe en posesión de la gloria eterna; tal fué en todos los siglos la doctrina invariable de la Iglesia católica. Desde el instante de su muerte ella ha invocado siempre los mártires; nunca ha orado por ellos. Implorando consuelo para ellos, hubiera creído hacerles una injuria así como á Dios mismo. 1

«Sin duda, continúa Benedicto XIV, si recorremos los monumentos de la primitiva Iglesia, si también consultamos los de una fecha ménos antigua, no será difícil encontrar que en las causas de los mártires se haya tratado no solo del «martirio» y de la causa del «martirio» y por consiguiente, de su santa muerte, sino también de las virtudes que practicaron durante su vida. Además, no se puede deducir de aquí la necesidad de informar sobre las virtudes en todas y en cada una de las causas de los mártires, de suerte, que para canonizar un mártir, no basta la muerte valerosamente sufrida por Jesucristo, sino que haya practicado también durante su vida las virtudes teológicas.» 2

1 Injuriam facit martyri qui orat pro eo. S. Cyp., «ad Martyr.»

2 Si antiquiora Ecclesia monumenta percurramus atque etiam si ad nonnulla non adeo antiqua manum admovereamus, difficile profecto non erit reperire actum fuisse in causis martyrum non solum de «martyrio»; sed etiam de virtutibus quibus dum vixerant floruerunt; absque

Después de haber citado un gran número de ejemplos que establecen la práctica constante de la Iglesia, el sabio Pontífice refiere y aprueba las palabras siguientes de Belarmino: «Con tal que conste que alguna persona es verdaderamente mártir, la Iglesia no vacila en colocarla entre los bienaventurados y los santos, aun cuando antes del martirio haya estado cubierta de grandes crímenes. En efecto; la promesa del Señor es general: «Todo aquel que me confiese delante de los hombres, le glorificaré delante de mi Padre.» 1

Así, en los mártires, las virtudes nunca han sido miradas como una condición indispensable para la canonización. Lo mismo se dice de los milagros.

«Lo que se ha dicho de las virtudes, añade Benedicto XIV, puede decirse de los milagros. Los antiguos monumentos enseñan que se tenían en cuenta siempre que se trataba de canonizar un mártir; pero que de ningún modo eran mirados como una condición necesaria de la canonización.» 2 Vienen en seguida un gran número de hechos que establecen la constante disciplina de la Iglesia; luego el

eo quod hinc inferatur necessitas in virtutes ipsas inquirendi in omnibus et singulis martyrum causis, ita ut pro martyre declarando minime sufficiat mors pro Christo constanter recepta, sed praeterea necesse sit ut ante passionem martyris in virtutibus theologicis se consuetudine exercuerit. «De Beatif.» etc. lib. I, c. XXIX, in fol., edit. Venet., 1788.

1 Dummodo constet aliquem esse vere martyrem, Ecclesia non dubitat eum inter sanctos et beatos numerare, etiamsi ante martyrium multis flagitiis coopertus, Promissio enim Domini generalis est, «Matth.» X, XXXII: Omnis qui confitebitur me coram hominibus, confitebor et ego eum coram Patre meo. «De Indulg., lib. I, c. II, n. 9, par. 4.

2 Quae dicta sunt de virtutibus in causis martyrum dici etiam possunt de signis et miraculis; hoc est de eis in antiquis Ecclesiae monumentis habitum fuisse rationem, cum de martyrio ageretur et ejus vindicatione, absque eo quod hinc inferri possit eorum necessitas ut quis pro martyre coleretur.—Id., ibid.

gran Papa termina con las bellas palabras de San Eulogio, arzobispo de Toledo y mártir el mismo, que refuta victoriosamente à aquellos que pretenden que los milagros son necesarios para canonizar à los heroicos campeones de la fe. 1

Lo que fueron desde su origen las reglas y la legislación de la Iglesia, eso mismo son todavía. Puede canonizar à los mártires sin las pruebas exteriores de las virtudes heroicas y de los milagros. Además, desde el Pontificado de Urbano VIII se abstiene de hacerlo generalmente. Con el hecho del martirio exige las virtudes y los milagros. ¿Debe deducirse de aquí que vitupera su pasado y que mira hoy como indispensable lo que durante tantos siglos no le pareció más que accesorio? De ningún modo. 2 Esta modificación en su disciplina revela solamente la admirable sabiduría que la caracteriza.

Escuchémosla, explicando ella misma su pensamiento: «Sin duda estoy en derecho de colocar en el número de los santos à mis hijos, muertos valerosamente por el nombre de Jesucristo. El heroísmo de su testimonio basta para establecer la certeza de su bienaventuranza eterna. Estas pruebas exteriores cierran la boca à los más audaces detractores de la Iglesia. Además, por una parte, la cano-

1 Boldetti, lib. I, c. XXV, p. 122.

2 Series haec monumentorum ostendit quod, licet numquam editum fuerit generale decretum de necessitate miraculorum in causis martyrum pro obtinenda beatificatione aut canonizatione, numquam tamen formalis beatificationis et canonizationis honores martyribus inultis fuisse a Sede Apostolica nisi ad approbationem martyrii miracula accessissent. «Esta serie de monumentos manifesta que aunque no se dió un decreto general exigiendo la necesidad de los milagros en las causas de los mártires, para obtener la beatificación ó canonización, sin embargo, nunca se concedieron por la Sede Apostólica los honores de la beatificación y de la canonización, sin agregarse à la causa la aprobación de los milagros del mártir.» Bened. XIV, ibid., capítulo XXX, n. 2.

nización de un mártir no es una cosa necesaria, y puedo abstenerme de ella sin violar ninguno de mis deberes. Por otra, los heréticos y los impíos, más numerosos hoy que nunca, están siempre prontos à censurar mis acciones y acusarme de credulidad y de estafa, deseosos como están, de quitarme el respeto y la confianza de los fieles. A fin de prevenir esta desgracia, pediré además en los procesos de canonización, pruebas cuya necesidad y cuyo uso no conocieron siglos más dichosos. 1

Por lo demás, muchos hechos recientes prueban que la Santa Sede no se ha despojado de su derecho antiguo, y que no se cree de ningún modo obligada à conformarse con rigor y en todos los casos con las exigencias tiránicas de la incredulidad moderna. Citaré, entre otras, la causa actualmente pendiente de los mártires de la China y de la Cochinchina.

Entretanto, habia llegado el momento de partida para las Catacumbas. Las nociones precedentes, tan propias para despertar en el alma del viajero el respeto à la Iglesia y confirmar la autenticidad de las santas reliquias, nos sirvieron de cortejo. Gracias à Monseñor Castellani, guardián de las Catacumbas, sabemos que hoy debia tener lugar el acto de sacar algunos cuerpos. El excelente obispo habia tenido à bien invitarnos à la ceremonia.

1 ..... Jutiorem esse sententiam quae miracula exposcit, curerit recedendum ab opinione iutiore in causa non necessaria, sed arbitraria, hoc est quae non debet ex necessitate a Romano Pontifice definiri obloquentibus potissimum haereticis adversus nostrorum martyrum canonizationes, nostrisque catholicis passim adhortantibus ut ad eas procedatur servatis servandis, adhibitaque quacumque diligentia, nee ulla praetermissa quae certitudini iudicii conducere possint. Minime culpanda, qui potius maxime commendanda est Ecclesiae Romanae consuetudo quae, crescente hominum malitia, ad obstruendum os loquentium iniqua, in re tanti momenti nova induxit experimenta, quae antiquioribus temporibus charitate plenis et malitia vacuis usu non erant.—Id., ibid.

A cosa de las diez, tres coches salian del palacio Conti. En el primero estaban los príncipes de España, hijos de D. Carlos. Nosotros ocupábamos los otros dos. Legó un cuarto coche más tarde que conducia al jóven hermano del rey de Nápoles, educado en la Academia de los Nobles. Salimos por la puerta «Salaria,» llegamos después de un trayecto bastante difícil à través de las viñas, à la entrada de las Catacumbas de Santa Priscila. Monseñor el sacristan esperaba allí à los dichosos peregrinos.

¿Pero por qué el digno obispo se encontraba allí y cómo habia sido prevenido del descubrimiento de un sepulcro de mártir? La guardia general de las Catacumbas estaba confiada al cardenal-vicario. Su primer ayudante es el prelado sacristan del palacio apostólico. Está encargado más especialmente de la vigilancia y de la protección de la Roma subterránea. Bajo sus órdenes están muchos eclesiásticos llamados «diputados de las Catacumbas.»

Ellos designan los cementerios en que deben tener lugar las excavaciones, dirigen y vigilan los trabajos de los sepultureros. Esto, en número de veinte ó treinta, son hombres recomendables por su probidad y su experiencia. Les está prohibido, como à toda persona, bajo pena de excomunión, tocar alguna cosa, ó llevar para sí consigo algun objeto de las catacumbas. Siendo su trabajo una obra de piedad, se les paga de los fondos que provienen de los gastos de matrimonio.

Cuando despejando las galerías descubren algun *loculus*, que presumen que es algun sepulcro de mártir, lo avisan al diputado particular de la Catacumba. Este eclesiástico se traslada al punto al lugar; examina cuidadosamente el sepulcro, se asegura de que está perfectamente intacto, y ratifica la existencia de los signos del

martirio. Se previene de esto al cardenal vicario y al obispo sacristan. Ellos indican en que se hará la abertura del sepulcro; y lo digo con reconocimiento, tienen la bondad de avisar de esto á algunos de los extranjeros que se encuentran en Roma. La Santa Sede aprovecha con empeño todas las ocasiones para mostrar la prudencia con que procede en la extracción, y el reconocimiento de las reliquias ofrecidas por ella á la veneración de los fieles.

Estos detalles explican la presencia de monseñor el sacristan, en la entrada del cementerio de Santa Priscila. Nuestra feliz caravana se componía de quince personas, comprendiéndose en ella el diputado de las Catacumbas, el obispo de Porfiro y el P. Marchi. Provistos de antorchas encendidas y de candelas de reserva, bajamos cincuenta piés bajo el suelo. Allí se encuentra la iglesia primitiva, que en otra parte he descrito. Está una de las más grandes y más bellas cryptas que he visto en la Roma subterránea. Está hecha con ladrillos romanos y tiene la forma de una basílica. La luz le entra por una sola abertura cuadrada que comunica con el campo y que le sirve como de cúpula.

Dirigidos por los sepultureros ó cavadores, nos internamos en seguida por galerías bajas y tortuosas. Muchas veces nos vimos obligados á subir apoyándonos en las manos y á afrontar el lodo secular formado por las infiltraciones bastante frecuentes que han destruido más ó menos las Catacumbas de Santa Priscila. Después de un largo trayecto en aquel difícil laberinto, llegamos á un lugar en que la galería se levanta un poco y permite, si no tenerse en pié, al ménos no estar enteramente encogido. El sepulturero que iluminaba el camino se detuvo repentinamente y exclamó: *Ecco!* Hélo aquí! é in-

dicaba el *loculus* del mártir. A esta palabra cada cual permanece inmóvil en el lugar que ocupa, solo monseñor el sacristan se adelanta hácia el sepulcro.

Pasea lentamente su antorcha por todas las partes del *loculus*, examina con la más minuciosa atención la piedra sepulcral, el sello, los lugares presuntos de la jarra de sangre. Cuando se asegura de que todo está perfectamente intacto, llama á uno de los sepultureros, que se adelanta teniendo con una mano su antorcha y con la otra un pequeño instrumento de minero. Se le ordena que proceda á buscar la jarra de sangre. El obrero se pone en obra. Con la punta de su instrumento pica ligeramente la pared de la galería en las dos extremidades del *loculus*; luego, habiendo encontrado dos manchas blanquizas, las raspa con precaución; se desprenden entonces muchas capas de cal en migajas, y por fin, dejan entrever dos jarras de sangre.

Al aparecer aquellos signos venerables, yo no sé qué estremecimiento recorrió nuestros miembros. Todo el mundo, que hasta entonces estaba obligado por la poca elevación, á permanecer encogido, con las manos en las rodillas, se prosternó.

Sacerdotes y legos, peregrinos oscuros ó hijos de los reyes, todos rezamos con voz unánime salmos escogidos y oraciones análogas al imponente descubrimiento. Cantar la gloria de los mártires, felicitar á la Iglesia, que los educó, crió y que los vuelve á encontrar; bendecir al Dios que les sostuvo y que les coronó, tal es el sentido de estas bellas oraciones. 1

1 Domine Jesu Christe, rex gloriosissime martyrum teque confitentium corona, qui dispositione mirabili sacra corpora tuorum militum, qui pro tua fede ac nomine sanguinem suum profuderunt, in hoc loco per sanctos Angelos tuos custodire dignatus es, illosque urbis hujus tuae dilectae Jerusalem circa muros constituisti custodes, etc. "Oh Jesucristo, Señor Nuestro, glo-

Entre tanto, las pequeñas jarras, llenas hasta la mitad de una sangre coagulada estaban en manos de monseñor el sacristan. Las había acercado á su antorcha y había reconocido como nosotros á la luz de las antorchas, algunas manchas de sangre en las partes vacías. Por orden suya dos sepultureros procedían á quitar la piedra sepulcral. Estaba esta tan fuertemente adherida que se partió por la mitad bajo el esfuerzo de los obreros. Los pedazos preciosamente recogidos fueron entregados al eclesiástico diputado de la Catacumba. Al mismo tiempo otro sacerdote llamado por monseñor el sacristan, había acercado al sepulcro abierto dos largas cajas de madera destinadas á recibir los huesos de los mártires, digo de los mártires por que el *loculus* era un *bisomum* ó lugar para dos cuerpos. Los mártires estaban acostados sobre la espina dorsal el uno junto al otro; las carnes, los músculos, la mayor parte de los cartilagos se habían consumido; solo los huesos quedaban en su integridad, ménos los que habían sido rotos con violencia por los dientes de las fieras ó por los instrumentos de suplicio. El sacerdote debió tomarlos con muchísimo cuidado porque la humedad los había ablandado y casi reducido á polvo. Cada cuerpo fué depositado en su caja particular con su jarra de sangre.

Después de esta solemne y delicada operación, monseñor el sacristan que no había dejado un instante la abertura del *loculus*, cerró él mismo las dos cajas y las selló con su sello en tres diferentes lugares.

El precioso depósito llevado por eclesiásticos como la arca del desierto en los brazos de los levitas de Israel, se puso á la cabeza de la caravana que la siguió cantando los himnos y oraciones hasta la entrada de la Catacumba. Allí monseñor el sacristan rompió los sellos que él había puesto y abrió las cajas, á fin de dar aire á los huesos para que se pusieran más duros. Sentado en la pequeña mesa en que habían sido colocados, redactó en pormenor el proceso verbal de lo que había tenido lugar. Durante este tiempo, el P. Marchi nos hacía examinar la piedra sepulcral. Pusímonos á descifrar la inscripción. Esta contenía los nombres de los mártires y la fecha de su muerte. El primero se llamaba "Heliodoro;" el nombre del segundo, imperfectamente grabado, no pudo ser leído al punto. No pasó lo mismo con el milésimo. El año 200 nos enseñó que fueron víctimas de la gran persecución de Séptimo Severo.

El proceso verbal fué leído en alta voz, fué firmado por los testigos, se le puso el sello de monseñor el sacristan y fué depositado en una de las cajas. Las cajas mismas, cerradas y selladas como la primera vez, fueron colocadas con la piedra en el coche de monseñor el sacristan, quien las llevó á la custodia general. Este santuario augusto es como el cuartel general de los mártires salidos de las Catacumbas. Allí esos héroes, esas heroínas de la fe primitiva esperan las órdenes del Vicario de Jesucristo, para ir á llevar á las iglesias de las diferentes partes del mundo el triple socorro de su presencia, de sus ejemplos y de sus oraciones. En cada salida se inscribe en registros públicos el nombre del mártir, el nombre de la persona, de la diócesis, de la ciudad y de la iglesia adonde va. De este modo, si la auténtica particular que siempre se

El proceso verbal fué leído en alta voz, fué firmado por los testigos, se le puso el sello de monseñor el sacristan y fué depositado en una de las cajas. Las cajas mismas, cerradas y selladas como la primera vez, fueron colocadas con la piedra en el coche de monseñor el sacristan, quien las llevó á la custodia general. Este santuario augusto es como el cuartel general de los mártires salidos de las Catacumbas. Allí esos héroes, esas heroínas de la fe primitiva esperan las órdenes del Vicario de Jesucristo, para ir á llevar á las iglesias de las diferentes partes del mundo el triple socorro de su presencia, de sus ejemplos y de sus oraciones. En cada salida se inscribe en registros públicos el nombre del mártir, el nombre de la persona, de la diócesis, de la ciudad y de la iglesia adonde va. De este modo, si la auténtica particular que siempre se

tiene cuidado de que acompañe el cuerpo del mártir, se extravía ó se pierde, se puede infaliblemente encontrar una nueva. ¿Hay necesidad de agregar que todo aquí es completamente gratuito?

Tal es en compendio la conducta de Roma relativamente á la vigilancia de las Catacumbas, al reconocimiento de los mártires, á la conservacion y á la comunicacion de sus reliquias. En presencia de esta solicitud sin igual, ¿queda á la incredulidad, al sofisma, á la ligereza mundana la más pequeña palabra? Ruego á todo hombre imparcial que responda.

Entretanto, subimos de nuevo al coche, no sin haber echado una última mirada á las Catacumbas, mirada llena de melancolía, como la del viajero que se aleja, tal vez para siempre, de los lugares queridos en donde fué colocada su cuna. En este momento la Roma subterránea, la gran ciudad de los mártires reapareció á nuestros ojos, con los recuerdos heroicos de que está llena y que elevan á su más alta potencia el respeto y el amor hácia la Iglesia.

Recuerdos de fuerza. Su construccion, más maravillosa que la de las pirámides de Egipto, de Babilonia, de Nínive, del gran desagüe de Tarquino, del Coliseo, de la capital misma de los Césares con su desmesurada extension y sus fabulosos palacios, es la más extraordinaria que haya realizado el génio de la fe y que haya podido contemplar alguna vez la vista del hombre.

Recuerdos de solicitud. Como la morada tres veces secular de la Iglesia naciente, muestra á cada paso á la madre de los pueblos cristianos ocultando entre los pliegues de su vestido ensangrentado, la fe, la libertad, las luces, la civilizacion, los consuelos divinos y las esperanzas inmortales que ella habia recibido en la cima

del Calvario y que debía dar al mundo. En sus cryptas venerables se la ve sucesivamente prosternada, con las manos extendidas, los ojos levantados hácia su divino esposo, pidiendo el fin de la lucha, ó la victoria para sus hijos, presa de la rabia de los verdugos y de los leones del anfiteatro. Luego en pié, pintando con una mano tímida, sobre las paredes de sus "cubicula," ó grabando sobre la tumba de sus héroes, los dogmas sagrados por los cuales morian, cerrando así la boca á la herejía, legando á la posteridad el verdadero símbolo de los mártires.

Recuerdos de desinterés. Sus pobres muebles, testigos irrecusables de una vida toda de privaciones, sus lámparas de tierra cocida revelan su desinterés, su humildad, que realzan con el brillo del milagro virtud que le dió la victoria sobre el orgullo todopoderoso del mundo de Neron y de Diocleciano.

Recuerdos de caridad. Con sus emblemas misteriosos y sus inscripciones tan tiernas, sus pequeñas copas de vidrio recuerdan las inocentes agapas, comidas fraternales en las cuales la santa igualdad de todos los hombres se practicaba en toda su perfeccion, al mismo tiempo que el imperio romano continuaba manteniendo en todo su rigor la bárbara distincion del rico y del pobre, del libre y del esclavo.

Recuerdos de valor y de santidad. De aquellos frescos sencillos, de aquellas cryptas venerables, de aquellos sepulcros oprimidos unos con otros, de aquellas calles, de aquellas plazas tapizadas de huesos, de aquella tierra empapada con sangre en todas sus partes, de todas partes, en fin, se exhala un perfume de heroica santidad que embalsama el alma y la hace vivir en el vestíbulo del cielo. 1

1 In mundo multa loca sunt ubi corpora sanctorum requiescunt, sed non similia huic loco (Catacumbis). Nam si sancti numerarentur quo-

Recuerdos de fe. Mientras el corazon se dilata deliciosamente en una atmósfera desconocida en todas partes, el espíritu contempla con un estremecimiento profundo aquella nube de testigos de todas condiciones, de todos sexos, de todas edades, y cada uno mostrándole abajo del símbolo católico, su sangrienta firma, le dice: "Credo: Yo creo." Al ruido de esta palabra solemne repetida más de dos millones de veces, 1 el peregrino de las Ca-

rum corpora hic fuerunt reposita, vix crederetur Ideo sicut homo infirmus ex bono odore et cibo reficitur, sic homines venientes ad hunc locum mente sincera recreantur spiritualiter et recipiunt veram peccatorum remissionem uniusquisque juxta vitam suam et fidem: "Hay en el mundo muchos lugares en donde descansan los cuerpos de los santos, pero no semejantes á este lugar (las Catacumbas) Si se contaran los santos cuyos cuerpos fueron puestos en este lugar, apenas podria creerse su número. Así como el hombre enfermo se restablece con buena atmósfera y con el alimento, así los hombres que vienen á este lugar con intencion sincera se recrean espiritualmente y reciben todos verdadera remision de los pecados segun su vida y su fe."—S. Brigit., lib. IV, c. 108.

1 ¿Cuál fué el número total de los mártires durante los tres primeros siglos de la Iglesia? Esta es una cuestion cuyo desenvolvimiento excede á los límites de una simple nota. Diré solamente que segun el testimonio de San Crisóstomo, de San Agustin, de San Gerónimo, de Eusebio, de todos los padres y de todos los historiadores la multitud de los mártires es de tal modo grande que es incalculable. Cuando hablan de ello, todos emplean las expresiones más generales, de modo que dejan al pensamiento la libertad de extenderse hasta el infinito. Aplican á los mártires, gloriosos hijos del verdadero Abraham, las palabras divinas que anuncian al antiguo patriarca su innumerable posteridad: "Benedicam tibi et multiplicabo semen tuum sicut stellas caeli et velut arenam, quæ est in littore maris." "Te bendeciré y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está á la ribera del mar: tu posteridad poseerá las puertas de sus enemigos." "Gen. XXII, 17."

¿Quis caelis stellas enumerat, "exclama San Teodoro," ac diffusam ad maris littus arenam? Tot sunt martyres per obem, qui adversariam potestatem fide vicerunt, prociptique ad tyrannicas acies, in ignem, gladium, feras, terrores omnes tetenderunt, qui supplicia ducerent pro deliciis, obtruncationem pro voluptate." "¿Quién

tacumbas no puede dejar de responder él también, con toda la energia de una conviccion en otro tiempo inquebrantable: "Credo, Yo creo." La incredulidad le compecede; la polémica sin cesar renaciente sobre la divinidad del cristianismo es á sus ojos una injuria, un despropósito, un peligro.

El solo aspecto de la gran ciudad de los mártires ha bastado para grabar en su corazon y colocar en sus labios la profunda

cuenta las estrellas del cielo, "exclama San Teodoro," y la arena extendida en la ribera del mar? Tantos así son los mártires en el orbe, que venieron á la potestad contraria por la fe, y todos estuvieron prontos á sostener largos y tiránicos combates, con el fuego, la espada, las fieras y todos los tormentos, tomando los suplicios como si fuesen placeres y la muerte como un gozo." S. THEOD. STÚDITA, "Serm. X, in omnes SS. Martyr."

San Gregorio continúa: Totum mundum, fratres, aspiciat; martyribus plenus est. Jam pene tot qui videamus non sumus quot veritatis testes habemus. Deo ergo numerabilis, per arenam multiplicati sunt, quia quanti sint a nobis comprehendi non possunt. "Mirad el mundo entero, hermanos; lleno está de mártires. Los que vemos no sabemos todos los testigos que tenemos de la verdad. Para Dios son innumerables, se multiplican como la arena, porque nosotros no podemos abrazarlos á todos." "Homil. XXVII, in Evang."

"Possibile non est, "dice Eusebio, "numero comprehendi quanti quotidie pene per singulas quasque urbes et provincias martyres efficiebantur." "No es posible, "dice Eusebio, "comprender en un número á todos los mártires de cada ciudad y de cada provincia." "Hist. lib. VIII, IV."

"Hac tempestate, "añade San Sulpicio Severo, "omnis fere sacro martyrum cruore orbis infectus est, quippe certatim gloriosa in certamina ruebantur." "Con esta tempestad casi se llenó el orbe con la sagrada sangre de los mártires, porque en todas partes tenian lugar gloriosos combates." "Hist., lib. II."

Tales son las expresiones de los Padres, tan perfectamente colocados para conocer la verdad del hecho que ellos transmitian á la posteridad. Se han emprendido sabias investigaciones para reducir á una cifra aproximativa el número de los mártires, que todos los Padres nos dan como incalculable. Los trabajos de Barónio, t. II. an. 303; y "Not ad Martyrol.," c. V y VI; de Fulvius Cordulus, "in notis ad passiones SS. Getuli, Amantii, etc," d'Arias, "ad Imjt. Christi, lib.

y noble palabra de un Padre de la Iglesia: "Sepámoslo bien; discutir sobre la verdad de una religion que vemos confirmada por el depósito sangriento de tan gran número de testigos es una cosa muy peligrosa. Si, es muy peligroso despues de los oráculos de los profetas, despues del testimonio de los Apóstoles, despues de los tormen-

III, c. XXXII, ad XXXVI; de Genebrard, in Psal. LXXVIII; de Ferraris, Biblioth. Art. Martyr; de Bernini, Hist. Om. Hæres., c. XIV, sæcul. III, p. 206; de Mamachi, Orig. et Antiq., t. I, p. 476; de Bosio, "Rom. subter.," lib. III, p. 289; de Mazzolari, "Vie Sacre," t. V, página 83, 284; de Boldetti, "Osservaz. sopra i Cimiteri," etc., lib. I, c. XXVII, y de un gran número de otros, fundados en los monumentos primitivos. llevan á ONCE MILLONES, Y AUN MAS ALLA, el número de los mártires en la Iglesia entera duraute los tres primeros siglos. — Adhibito tamen, dice el sabio P. Flores, en su grande "Obra sobre los mártires," diligenti studio in sacris evolvendis analibus et martyrum actis, quorum major pars deperit aut exarata in tabulis ecclesiasticis non fuit illud ex probatis auctoribus deduco: IN ECCLESIA NUMERARI UNDECIM MARTYRUM MILLIONES, ET EO PLURES; ita ut quolibet ami die, si in omnes distribuatur, coli possint "plus quam triginta martyrum millia."

"Sic putat et computat Genebrardus ex aliis in Psal. LXXXVIII, 4., Magna, inquit, copia martyrum quæ tanta ut aliqui in singulos anni dies numerent triginta millia martyrum. Sic noster Franciscus Arias, viri etate et eruditione magnus. . . . rem totam deducens per singula sæcula, provincias et persecutiones, ostendit adeo esse immensum martyrum numerum ut in singulis totius anni diebus possimus nos honorare martyres tanquam tali die cælis coronatos usque ad triginta millia. Cui existimationi multi applaudunt, et jure merito," "Aplicando un gran estudio en descubrir los anales y actas de los mártires cuya mayor parte pereció ó no, ó no se guardó en las tablas eclesiásticas, deduzco lo siguiente de autores respetables: PUEDEN CONTARSE EN LA IGLESIA ONCE MILLONES DE MARTIRES Y ACASO MAS; de modo que si se distribuyesen en cada dia del año, podrian reunirse más de treinta mil mártires."

"Así piensa y computa Genebrardo y otros "in Psal." LXXXVIII, 4. Tan grande es la abundancia de los mártires, que distribuidos en cada dia del año, cuentan treinta mil mártires. Así nuestro Franciscus Arias, varon de mucha piedad y erudicion . . . . haciendo un cómputo general para los siglos, las provincias y las persecuciones, manifestó que el número de mártires era tan inmenso, que en cada uno de los dias del

tos de los mártires, ponerse á discutir la fe de los siglos como si hubiera nacido ayer. . . . ¡Admirable sabiduría de Dios! que dando por motivo á la fe los heróicos combates de los mártires; hace servir los sufrimientos de los padres para la educacion de los hijos. El los probó para instruirnos; él les atormentó á fin de conquis-

año podiamos venerar á cosa de treinta mil mártires coronados en los cielos." "De Inclyto Agon Martyrii," lib. IV, c. III, p. 1.

En cuanto á los mártires de la ciudad de Roma, encontramos; para indicar la multitud de ellos, la misma generalidad de expresiones en los Padres y en los autores cristianos. San Andrés de Creta, se expresa así: "Vidi mulierem ebriam de sanguine sanctorum et de sanguine martyrum Jesu." "Vi aquella mujer ébria con la sangre de los santos y con la de los mártires de Jesus." Apoc., c. XVII, 6. "Hanc meretricem quidam veterem Romam designari putant. Et quidem numerum martyrum et sanguinis modum qui a Neronis tempore in romaná urbe et ditione effusus est usque ad Diocletianum quis enumerare valeat?" "Crean (los Padres) que esta meretriz designa á la antigua Roma. ¿Quién puede contar en verdad el número de martires y medir la sangre que se derramó en la ciudad romana desde el tiempo de Neron hasta Diocleciano?" "Comm. in Apoc." c. LII y LIII.

San León usa el mismo lenguaje: "Duo ista praeclara germinis semina (Petrus et Paulus) in quantam sobolem germinarunt beatorum millia martyrum protestantium, qui apostolicorum aemuli triumphorum, urbem nostram purpuratis et longe lateque rutilantibus populis ambierunt, et quasi ex miltarum hontre gemmarum conserto uno diademate coronarunt." "Millares de mártires felices dan testimonio de que estas preclaras semillas del germen divino (Pedro y Pablo), germinaron abundantemente. Los mártires, émulos de los triunfos de los apóstoles, tuvieron con resplandeciente púrpura nuestra ciudad y la coronaron como con una diadema entretrejida con preciosas joyas." "Serm. in nat. app."

Santa Brígida, á quien fué dado leer de un modo sobrenatural en los misterios del pasado y del porvenir, se expresa como San León: "Si mensurares terram centum pedum in longitudine et totidem in latitudine, et seminares eam plenam puris granis tritici ita compresse quod non esset distautia inter granam et granum; vixi quasi articulus digiti unius, quodlibet vero granum daret fructum centuplum, ad huc essent plures martyres et confessores Romæ a tempore illo quo Petrus venit Romam cum humilitate usquequo Coelestinus discessit." "Si midieseis una tierra de cien piés de longitud y otros tan-

tarnos. De sus horribles tormentos hizo la base de nuestra fe y el aguijon de nuestras virtudes." 1

¡Gracias, Dios mio! mil veces gracias por haberme llevado á aquellos lugares los más instructivos y santificantes que hay en el mundo. ¡Ojalá y todos mis hermanos los peregrinos de los últimos siglos, puedan venir á su vez á empaparse en las fuentes de la fe y de la caridad primitivas, á fin de prepararse á las luchas formidables que deben señalar, que señalan ya la aproximacion del dia supremo!

Y vos, guardiana diez y ocho veces secular de la heróica necrópolis, ¡oh santa Iglesia romana, que protegeis los sepulcros de vuestros mártires con la solicitud de la madre que vela sobre la cuna de su hijo dormido, sed tambien mil veces bendita!

tos de latitud, y toda la sembraseis de purós granos de trigo, de tal modo comprimidos, que no hubiese distancia entre grano y grano, como succede con la juntura de los dedos, y que cada grano diese un fruto centuplo, tal seria el número y aun más de los mártires y confesores de Roma, desde el tiempo en que Pedro vino humildemente á Roma, hasta la muerte de Celestino."—Lib. III, c. XXVII. Ella compara en seguida á Roma con un campo de cien piés de largo, plantado todo de rosales, y luego añade: "Si horti omnes de toto mundo conjuncti essent Romæ, certe Roma esset æque magna de martyribus. Rosæ vero sunt martyres rubicundi sanguinis sui effusione." "Si se juntasen todos los huertos de todo el mundo á los de Roma, en verdad que Roma seria igual al número de mártires. Las rosas son los mártires por la efusion de su roja sangre." Id. Stapleton añade: "Ita una Roma mactandis Christi ovibus generale quasi macellum erat. In ea aut i. operatores aut præfecti urbis perpetuam christianorum carnificinam exercebant. Nec usquam terrarum orbis christianus sanguis uberius effusus est quam in una urbe Roma." "Era general en la plaza solo de Roma matar á las ovejas de Cristo. En ella

1 Noverimus quia non sine magno discrimine de religionis veritate disputamus, quam tantorum sanguine confirmatam videmus. Magni periculi res si post Prophetarum oracula, post Apostolorum testimonia, post martyrum vulnera veterem, fidem quasi novellam discutere præsumas. . . . Quanta circa nos Dei nostri sollicitudo, dum nobis fidem veram duro agone martyrum commendat, afflictionem præcedentium, instructionem efficit posterorum. Illos examinat ut nos erudiat; illos conterit ut nos acquirat; eorum cruciatus nostros vult esse profectus. "Serm. de SS. Martyr."

Para expresaros su eterno reconocimiento y su adhesion filial, permitid al más oscuro de vuestros hijos, que tome el corazón y la voz de uno de sus hermanos que fué al mismo tiempo el ornamento de vuestro augusto senado, el historiador de vuestra gloria y el testimonio vivo de vuestra inalterable santidad. "¡Oh Roma, señora de las ciencias y de las costumbres, ciudad por excelencia, la gratitud me pone en el deber de decir de vos lo que Gregorio [de Nazianze] Nazianceno decia de Atenas: Peligrosa tal vez para algunos animados de malas disposiciones, fuisteis siempre para mí un tesoro lleno de piedras preciosas, un manantial de goces, de luces y de ventajas de todo género. Si no he llegado á ser más rico en ciencia y en virtud, si no he escrito más elocuentemente de vos, la culpa no es vuestra sino mia!" 1

ejercian los emperadores ó los prefectos de la ciudad una perpétua matanza. Nunca se derramó con más abundancia la sangre cristiana que en la ciudad de Roma."—"De Magnit. Rom. Eccl." c. VI. El trabajo de paciencia y de erudicion que ha reducido á un valor numérico las expresiones de los Padres sobre el número de los mártires de la Iglesia entera, se ha continuado para los mártires de Roma. Estas investigaciones, apoyadas en los monumentos primitivos, dan á Roma dos millones y medio de mártires, de suerte que puede celebrar cada dia del año la fiesta de siete mil de sus hijos." Che multiplicati ascendonó a puí di due millione e mezzo di santi martiri." Bergini, "Hist. Om. Hæres." t. I, c. XIV; Santa Brígida, lib. III, c. XXVII; Ferraris, "Art. Martyr;" Flarés, De "incly. Agon. Martyr," p. 320, etc., etc. Estamos en el caso de exclamar con uno de los autores citados más arriba: "¡Oh Dios, qué nube de testigos habeis reunido para animarnos al combate! ¿Cómo es posible que los hombres se dejen todavía oprimir y arrastrar despues de la mentira y de la vanidad? ¡Oh! vos que nos habeis criado, tened compasion de nosotros á quienes habeis rescatado con el precio de vuestra sangre! "Qui palmasti nos, miserere nostri quos pretioso sanguine redemistil"

1 Mibi certe de Urbe illud liceat haud ingrato fateri quod de Ahenis Gregorius Nazianzenus affirmat, nimirum Roma ipsa, etsi aliquibus fortasse perniciosâ fuerit, mibi certe gemmea omni que ex parte beata atque proficua semper exstitit. . . . Sedula magistra morum existens ac litterarum, ut plane intelligam, quod minus in utrisque profecerim facultatibus, mibi cedere culpæ, non Urbi, Card. Baron., "in Vita," c. II, p. 4.